

La jerarquía católica tucumana y el primer gobierno peronista frente a las huelgas obreras

Lucía Santos Lepera

Ponencia presentada en II JORNADAS DE HISTORIA DE LA IGLESIA EN EL NOA, Tucumán, 15,16 y 17 de Mayo de 2008.

A partir de las transformaciones sociales y políticas que introdujo, el peronismo constituyó un punto de inflexión en la historia argentina contemporánea. Asimismo, no sólo la legislación en materia laboral sino factores mucho menos tangibles convirtieron al movimiento comandado por Perón en el representante indiscutible de la clase obrera, signando de esta forma su identidad política. Las medidas implementadas por Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión se enmarcaban en un esquema donde el Estado adquiriría un nuevo rol en el tratamiento de la cuestión social, asumiendo una fuerte presencia en la solución de los conflictos laborales. De hecho, desde el Estado se promovió la organización del movimiento obrero al tiempo que se fijaron normativas para su accionar en el escenario político. En este sentido, el peronismo representó la incorporación de los sindicatos como un factor de poder en la dinámica política y social del país.

En la provincia de Tucumán, el surgimiento de FOTIA (Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera) se presenta indisociablemente unido a los orígenes del movimiento peronista tucumano. La movilización obrera y el discurso confrontador fueron característicos del movimiento político en ciernes. En ese contexto, las huelgas eran principalmente un instrumento de los trabajadores para manifestar su insatisfacción con los salarios y condiciones de trabajo. Las movilizaciones durante los años de gestación del peronismo estaban lejos de representar la oposición a la figura de Perón, por el contrario, vinieron a consolidar y a dar sentido a sus propuestas de mejoras

laborales. Sin embargo, luego del triunfo peronista, los márgenes de autonomía de los sindicatos azucareros se vieron notablemente reducidos. El Estado peronista tenía reservado para el movimiento obrero un lugar mucho más acotado del que pretendían los dirigentes sindicales de FOTIA y el discurso del gobierno se endureció hasta el punto de condenar las huelgas obreras del sector azucarero, optando por intervenir el sindicato hacia 1949.

Este viraje en el discurso del gobierno, que pasó a considerar las huelgas obreras un método propio de sectores opositores y ajenos al verdadero sentir obrero y nacional, vino a concertar con la palabra difundida por el obispo tucumano, Agustín Barrere. Desde los años treinta, Barrere difundió los principios de la Doctrina Social de la Iglesia aplicándolos a la problemática local, y a través de cartas pastorales y comunicados abordó el problema específico de las huelgas obreras en la provincia, asumiendo un posicionamiento propio frente a la crítica realidad provincial. Sin embargo, sería después de 1947, cuando gobierno e Iglesia coincidirían en que las huelgas obreras ya no tenían lugar en la “Nueva Argentina”, presentando como necesaria una política de disciplinamiento del movimiento obrero que sería implementada desde el gobierno.

En virtud de lo expuesto, el objetivo del presente trabajo es analizar la postura de la Iglesia católica tucumana en el contexto político descripto. A partir de un análisis de las Pastorales y comunicados del obispo tucumano, Agustín Barrere, se propone dar cuenta de las posiciones y reacciones que suscitaron en el mundo eclesiástico las políticas sociales promovidas por Perón, así como el posicionamiento del Obispo frente al problema específico de las huelgas obreras. Se trata de revelar la articulación entre dos actores concretos, la jerarquía católica y el gobierno peronista, a través del estudio de la conflictividad laboral manifestada en las huelgas obreras.

Con este fin, el trabajo fue organizado en dos partes. En primer lugar, se abordan los cambios suscitados en la política social y en la organización del movimiento obrero a partir del golpe de Estado de 1943. Asimismo, se propone el análisis del posicionamiento asumido por el Obispo tucumano frente a estos cambios, volviéndose necesario un breve análisis de las Pastorales y comunicados del Obispo en torno a la conflictividad social en la provincia antes de la irrupción del peronismo en el escenario político. Durante su gestión al

frente de la diócesis de 1930 a 1952, año de su muerte, Barrere imprimió un sello fuerte y personal a su acción pastoral a través de la propagación del catolicismo social en la provincia. A partir de lo analizado en este primer apartado, se intenta dar cuenta, en segundo lugar, del acercamiento que se produjo entre Iglesia católica y Gobierno en el contexto de movilización y protesta obrera durante los primeros años peronistas.

Nuestra propuesta se centra en analizar el modo en que la Iglesia católica local, a través de la palabra de su Obispo, percibió y transitó algunos de los procesos políticos y sociales de un período determinado de la historia provincial. Creemos importante resaltar, no obstante, que abordar el estudio de la historia de la jerarquía no significa desconocer otros componentes centrales de la institución eclesial. Sin embargo, el presente estudio se vuelve necesario como una primera instancia para abrir paso a futuros análisis que contemplen a otros sectores del mundo católico como por ejemplo los cuadros laicos y los curas párrocos.

1.- LA JERARQUIA CATOLICA TUCUMANA Y LA NUEVA POLITICA SOCIAL

Lejos de responder a objetivos claros y a un programa de gobierno delimitado, el golpe de Estado del 4 de junio de 1943 representó el corolario de la situación de incertidumbre que vivía la política nacional. El posible desenlace de la Segunda Guerra Mundial y el deterioro del funcionamiento de las instituciones políticas dominaban los debates de entonces. A pesar de la inestabilidad y la falta de rumbo preciso del elenco gobernante, la historiografía sobre el período coincide en centrar la caracterización de esta etapa en torno a la restauración católico-nacionalista que se intentó implementar. En efecto, la Iglesia católica recibió de brazos abiertos el golpe de Estado. Loris Zanatta ha afirmado que “el 4 de junio la Iglesia católica alcanzó el poder” (Zanatta, 1999).

Las expectativas y el entusiasmo tanto de la jerarquía eclesial como del laicado católico aumentaron a medida que se proyectaban los pilares del gobierno y se avanzaba en su implementación. No fue casualidad la identificación de la Iglesia católica con el programa de gobierno de un ejército plenamente imbuido del espíritu de cruzada católica. Este programa, que revelaba su estrecha relación con la institución eclesial, consistía

básicamente en la neutralidad ante el conflicto mundial, la instauración de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, el regreso de la universidad a una tradición escolástico-tomista, la supresión de la democracia partidaria y la solución de los conflictos entre el capital y el trabajo (Di Stefano y Zanatta, 2000). Este último aspecto fue abordado desde la Secretaría de Trabajo y Previsión a cargo del entonces coronel Perón. La obra emprendida en torno a la legislación social y la organización sindical cambiaría el rumbo de la revolución y en consecuencia, el futuro del país.

La Iglesia podía avizorar en el proyecto de Perón –basado en una política de concesiones a los obreros- una forma de desactivar la amenaza comunista en el mundo del trabajo. A partir del diseño de un programa social y económico se logró ampliar las bases de apoyo del gobierno militar. En ese marco, hacia 1945, Perón se había convertido en el referente de las mejoras laborales obtenidas por los sectores trabajadores. Siguiendo a Gustavo Rubinstein, “la creación de sindicatos sólidos y representativos, cuyo liderazgo estuvo bajo la influencia política del gobierno, permitió acelerar la satisfacción de las demandas obreras, al tiempo que aseguró la identificación ideológica y política de los trabajadores con las gestiones oficiales” (Rubinstein, 2005: 55).

Al tiempo que ponía en marcha esta iniciativa, Perón convocó a los sectores empresarios en su intención de que sea el Estado quien arbitrara en las relaciones entre capital y trabajo. De esta forma, colocaba la acción de la Secretaría de Trabajo en línea con la Doctrina Social de la Iglesia, sobre todo en la defensa pública de sus iniciativas (Torre, 2002).

El grupo de civiles designado por la intervención para aplicar este programa de gobierno en la provincia de Tucumán fue encabezado por Alberto Baldrich, un católico nacionalista sumamente conocido entre los círculos militares y eclesiásticos por su pensamiento tradicionalista. El grupo de funcionarios que lo acompañó en su gestión de gobierno se destacaba por su conocida trayectoria en el nacionalismo católico. Entre ellos, cabe mencionar al Dr. Hector Bernardo, Ministro de Gobierno; Dr. Adolfo Silenzi de Stagni en Hacienda, lugar que ocuparía posteriormente Ramon Doll; el Dr. Federico Iburguren como fiscal de gobierno; Nimio de Anquin en el Consejo de Educación y el Dr. Santiago de Estrada en la intervención de la Universidad Nacional de Tucumán.

En sintonía con la política del ejecutivo nacional, la gestión provincial contemplaba proyectar un nuevo rol del Estado en la economía y en la sociedad. Las acciones de gobierno se caracterizaron por la estatización de los servicios públicos, la intervención en la búsqueda de soluciones en los conflictos de la industria azucarera, que constituía la base económica de la provincia, y la organización en sindicatos de los obreros de la agroindustria. Este último aspecto fue el más sobresaliente de la política del nuevo gobierno y el que perduraría más allá del alejamiento de Baldrich de la provincia y del abrupto final de su gestión.

En general, los funcionarios designados para la intervención suscribían a la Doctrina Social de la Iglesia y fundamentaron la necesidad de responder a las demandas laborales y sociales de los obreros a partir de su organización en sindicatos¹. La FOTIA se conformó en junio de 1944 a partir de la gestión decisiva de Carlos Aguilar en la Delegación Regional de la Secretaría de Trabajo y Previsión². La acción de sus cuadros dirigentes resultó clave en la conformación del partido Laborista, otorgando una fuerte impronta sindical al movimiento en ciernes. El mismo obtendría un triunfo abrumador en la provincia tras las elecciones de febrero de 1946 con la adhesión del 70% del electorado.

El sucesor de Aguilar, Benito Agulleiro, continuó aplicando la legislación social reconociendo su inspiración en León XIII y la Encíclica *Rerum Novarum*³. Ciertamente, en sólo un año se avanzó a grandes pasos en la organización sindical y la aplicación de la legislación social. Esta tarea fue desempeñada con el explícito apoyo del entonces Interventor Nacional, A. Baldrich. En una oportunidad, con el objeto de explicar los principios que fundamentaban la sindicalización de los trabajadores expuso:

¹ Ver los discursos del interventor y sus ministros, en su mayoría publicados en el Boletín Oficial de la Diócesis de Tucumán (*BODT*). Archivo del Arzobispado de Tucumán (de ahora en más AAT), "Discursos del Sr. Interventor Nacional y sus Ministros" en *BODT*, 19 septiembre de 1943 y "El 24 del corriente asumió el gobierno de la provincia el nuevo Interventor Nacional Dr. Alberto Baldrich" en *BODT*, 29 agosto de 1943.

² El Dr. Carlos Aguilar, militante del nacionalismo católico e identificado plenamente con la Doctrina Social de la Iglesia, fue miembro dirigente de Acción Católica tucumana en este período.

³ Archivo Diario *La Gaceta* (de ahora en más ALG), "Clausuraronse ayer las jornadas de la mujer trabajadora: pronunciaron discursos el obispo diocesano y el delegado interventor del trabajo", *La Gaceta*, 11 de diciembre de 1944.

Todos sabemos que Esau, hijo de Jacob, llegando sudoroso y cansado del trabajo y sintiendo el hambre que se agudizaba en él, no titubeó en vender su primogenitura por un plato de lentejas. La clase obrera de hoy, cansada, hambrienta, sin esperanza ya, en medio de su desesperación será capaz de venderlo todo a quien llegue con una promesa que halague sus oídos, y en esa venta irá cuanto de cristiano quede en la Patria. Para que la Argentina no sea comunista, es necesario que sea cristiana. No hay otra solución, en nuestras manos está el destino de la patria⁴.

Este tipo de declaraciones –a las que recurrentemente apelaba el Interventor provincial- fueron celebradas por el Obispo tucumano, quien, probablemente, percibía el reflejo de gran parte de su prédica difundida en la década precedente. De hecho, la jerarquía católica tucumana dio a conocer su apoyo explícito a la revolución de Junio cuando Baldrich fue designado interventor de la provincia, expresado en cartas de felicitaciones y reconocimiento. No hubo reparos ni prudencias que matizaran el abierto entusiasmo de la Iglesia local frente a la etapa de “restauración católica, de potenciación de la patria, de todo lo referido a la dignidad del ciudadano y a la realización de justicia social” que prometía la nueva gestión en sus discursos iniciales: “Un programa tan claro y tan justo en el orden doctrinal –de estricta ortodoxia cristiana por otra parte- no puede no conquistar el aplauso de todos los buenos argentinos, en la fundada esperanza de que logrará cumplirse en el orden práctico”⁵.

Otro aspecto que reflejó el apoyo del mundo católico al gobierno fue el fluido drenaje de importantes cuadros de Acción Católica hacia las funciones públicas⁶. En este sentido, el caso de Tucumán refleja el compromiso de la Iglesia con una experiencia de gobierno de impronta nacionalista católica,

⁴ Archivo Histórico de la Provincia de Tucumán (AHT), Diario *El Orden*, 29 de Diciembre de 1943, citado en Rubinstein Gustavo, 2005, Op. Cit.

⁵ AAT, “El 24 del corriente asumió el gobierno de la provincia el nuevo Interventor Nacional Dr. Alberto Baldrich” en *BODT*, 29 de agosto de 1943.

⁶ La Junta Diocesana de Acción Católica tuvo que salir a desmentir, a través de un manifiesto público, el rumor cada vez mas difundido que la reconocía como el brazo político del ejército. AAT, “Dio a conocer una declaración la Junta Diocesana de la Acción Católica” en *BODT*, 19 de septiembre de 1943.

Frente a la abierta participación política de laicos y sacerdotes, Monseñor Barrere salió públicamente a impartirles “instrucciones para que ajusten sus actuaciones en el respeto a las autoridades y el repudio a la doctrina totalitaria”. El Obispo tucumano parecía manifestar, por momentos, tentativas de distanciamiento y prudencia frente al avance del nuevo gobierno y trató de mantener en la misma línea de obediencia y moderación a un laicado cada vez más comprometido en la acción política (Santos Lepera, 2008).

donde religión y política se fusionaron en un grado sin precedentes en la provincia. Asimismo, la orientación que se dio a la gestión educativa y el decreto de enseñanza religiosa de diciembre de 1943 fueron factores importantes en el apoyo dispensado por las esferas eclesiológicas a la experiencia política ensayada en Tucumán.

Sin embargo, el consenso y la unidad que suscitaba la política educativa en el mundo católico, contrastaba con las polémicas y divisiones que generó el tratamiento de la cuestión obrera en la provincia. Las acciones desarrolladas por FOTIA hasta 1949 combinadas con el discurso confrontador de sus dirigentes, que para hacer efectivas sus demandas apelaban a un lenguaje clasista y radicalizado, desentonaba con los fundamentos de un orden social armónico y de equilibrio entre capital y trabajo preconizados por el gobierno – discurso con el cual gran parte del mundo católico se veía identificado-. En cierta forma, esta realidad fue socavando el entusiasmo y el apoyo inicial de muchos sectores católicos y especialmente, de la jerarquía eclesiológica.

1. a.- “Una solución cristiana para la cuestión social”: Agustín Barrere y el catolicismo social

Cabe resaltar que el obispo diocesano, Agustín Barrere, quien asumió al frente de la Diócesis en 1930, arrastraba una larga trayectoria en sus funciones al momento de la irrupción del peronismo en la provincia⁷. Los años ‘30 fueron tiempos de transformación y consolidación institucional para la Iglesia católica, no sólo a nivel provincial (Zanatta, 1996). De esta forma, al iniciarse los años ‘40, la Iglesia tucumana se encontraba fortalecida después de una década de crecimiento institucional⁸.

⁷ Monseñor Barrere nació en Buenos Aires, el 19 de agosto de 1865. Realizó sus estudios primarios y secundarios en Francia y luego viajó a Roma donde concluyó los estudios de filosofía y teología en la Universidad Gregoriana. Fue destinado a la residencia de Padres Lourdistas en la provincia de Catamarca donde arribó en 1894. Durante sus seis años de permanencia en esa provincia dirigió el Círculo de Obreros Católicos fundado por el P. F. Grote. En 1900, recién fundada la Diócesis de Tucumán, fue llamado con el propósito de que fundara un seminario mayor y un colegio católico, siendo el primer Rector de ambos establecimientos. En 1909 fue trasladado a Buenos Aires y finalmente, el 16 de enero de 1930, el Papa Pío XI lo preconizó obispo de Tucumán después de la renuncia de Monseñor Bernabé Piedrabuena.

⁸ Durante el obispado de Barrere se logró doblar el número de parroquias existentes en la provincia, esfuerzo que también contempló a los colegios católicos, las instituciones de beneficencia y las congregaciones religiosas. La conformación de Acción Católica Tucumana en 1932 -cuyo objetivo consistía en reunir las actividades de los laicos en una entidad única y obediente a las directivas de la jerarquía- fue una de las estrategias desplegadas por el nuevo

En este contexto de expansión y consolidación, Agustín Barrere desarrolló un discurso propio acerca de la realidad provincial y sus problemas concretos. Puede afirmarse que la cuestión social, entendida en gran medida como la cuestión de la clase obrera, fue objeto de reflexión por parte del Obispo desde los inicios de su obispado. La provincia de Tucumán, signada por la actividad de la industria azucarera, contenía una amplia población obrera que se desempeñaba en las fábricas –permanentes y temporarios- o en los surcos, constituyendo un sector de peso en la estructura productiva provincial.

Siguiendo las directivas de la Santa Sede, pero sobre todo aludiendo a la encíclica *Rerum Novarum*, convirtió a la cuestión social en un tema de interés central en el contexto de su acción pastoral, siendo uno de los primeros obispos que se posicionaba de forma vanguardista en materia social⁹. Ya desde 1930, en su primera carta pastoral, el Obispo tucumano manifestaba la necesidad de conciliar los intereses del capital y el trabajo, a su modo de ver, la única forma de asegurar la “paz social”. Entre los enemigos de esta paz, identificaba a los conflictos económicos provinciales como los más peligrosos, y se lamentaba porque “su principal fuente de riqueza¹⁰ se ha extendido por demás, trayendo una crisis grave de sobreproducción que pone frente a frente los intereses de agricultores e industriales con gran peligro para la paz social”¹¹. Este era su mayor anhelo, garantizar “el bien común” evitando recurrir a “métodos violentos para alcanzar lo que se reputa justo”. Es interesante observar sus propuestas de solución ya que “en el caso de no llegar aquellas a un acuerdo amistoso sin intermediarios” sugiere se acepte el arbitraje del gobierno provincial. Según el Obispo, también incumbía a los poderes públicos

Obispo en orden a proyectar la tan ansiada “catolización de la sociedad”. Por otro lado, el Obispo se preocupó por imponer, a partir del II Sínodo Diocesano, un sentido de disciplina y orden en las filas eclesíásticas. El desarrollo institucional de la Iglesia fue acompañado por el avance sostenido sobre el espacio público. Aumentó el número de procesiones y ceremonias así como también creció la concurrencia a las mismas (Santos Lepera, 2008).

⁹ Entre los nombres que suelen citarse se encuentran los sacerdotes Caggiano, Mons. Franceschi y el nuncio pontificio Mons. Cortesi (cfr. Zanatta Loris, Op. Cit. Pp. 122-128) A partir de lo expuesto, Monseñor Barrere podría incluirse en este grupo. En efecto, durante la gestión del obispo Barrere las preocupaciones de la Iglesia católica tucumana evidenciaron un giro con respecto a los obispados anteriores. La revisión de las ideas que estructuraron sus pastorales muestra que la jerarquía católica local asumió la cuestión social como un tema de interés central en su prédica. Las principales inquietudes rondaron en torno a las relaciones entre capital y trabajo, al peligro comunista y a la necesidad de una equilibrada intervención del Estado en la economía.

¹⁰ Se refiere concretamente a la industria azucarera la cual es objeto de sus reflexiones en párrafos anteriores.

¹¹ AAT, “Carta pastoral del Excmo. Sr. Obispo Diocesano” en *BODT*, 3 de agosto de 1930.

(si la iniciativa privada no lo intentaba) “prevenir nuevas crisis orientando la actividad de los agricultores e industriales hacia otras fuentes de riqueza”.

En virtud de lo expuesto, Barrere reproducía, en su primera carta pastoral como Obispo de la provincia, los principios de la Doctrina Social de la Iglesia. Desde muy temprano había comenzado a insistir en la “solución cristiana para la cuestión social”, afirmando en primer lugar el “derecho de los patronos y de obreros a constituir asociaciones sindicales” consideradas moralmente necesarias y exhortando a organizarlas conforme a los principios de la fe cristiana¹². El Obispo, al tiempo que adhería a directivas y lineamientos dictados por la Santa Sede, los relacionaba inmediatamente a los problemas particulares de la provincia. Este rasgo se volvería una constante en sus sucesivas pastorales como Obispo de Tucumán. En este caso, considerando a su jurisdicción en gran parte industrial, “donde a cada paso se codean el trabajo y el capital”, proponía encontrar la solución de sus problemas “no en medios violentos, ni siquiera en la huelga pacífica, que no es lícita sino como remedio extremo, cuando se han agotado los medios legítimos de conciliación” sino en “la solución pregonada por la Iglesia, condensada en las normas mencionadas”.

Cabe señalar que si bien he intentado resaltar el brío que adquirió el activismo social del catolicismo durante los años treinta y la preocupación de la jerarquía por promoverlo no significa desconocer los antecedentes respecto a la experiencia acumulada por la Iglesia y su preocupación por la solución de los conflictos sociales a nivel local¹³.

Como ha sido señalado, los dirigentes que asumieron el gobierno de la provincia en 1943 recurrieron al universo de ideas católico en su defensa y justificación de la nueva política social emprendida desde el Estado. En este

¹² Recién llegado a Tucumán y desde su puesto de Vicario Capitular, emitió una Carta Circular sobre la solución de un pleito sindical por la Sagrada Congregación del Concilio adhiriendo a las directivas de la Santa Sede y aplicándolas a los problemas específicos de la provincia, AAT, *BODT*, 5 de enero de 1930.

¹³ Se fundaron en 1906 y 1907, por obra del P. Grote, Círculos Católicos en el ingenio San Juan y en Esperanza, se registran intentos de creación de la Liga Social Argentina, fundada por Lamarca, bajo la dirección de los salesianos en 1916 y la Confederación Profesional Argentina cuyo objetivo era fundar gremios católicos. Mediante esta organización, los salesianos intentaron crear gremios en los ingenios azucareros en 1919, y aunque fracasaron, son antecedentes importantes al momento de analizar el activismo social del catolicismo en la provincia (Landaburu, 2004).

sentido, Monseñor Barrere, siempre atento a los vaivenes de la política nacional y provincial, acompañó la legislación social llevada a cabo en el marco de la revolución de junio.

Sin embargo, la revisión de las Pastorales y comunicados del Obispo revela la posición de una Iglesia católica local que desarrolló un discurso propio acerca de la problemática específica de la provincia.

Si bien la postura del Obispo tucumano en torno a las políticas sociales de Perón nunca fue manifestada de forma oficial en el Boletín eclesiástico o a través de cartas pastorales, sí fue claramente expresada en un discurso improvisado en el marco de las Jornadas de la Mujer Trabajadora. Estas jornadas habían sido organizadas por la Acción Católica Tucumana, con una importante participación del gobierno provincial, con el objeto de promover la elevación y dignificación moral de la mujer obrera sobre la base de un mejoramiento económico: “no son suficientes las medidas económicas sino que son indispensables la reforma de las instituciones y la enmienda de las costumbres para alcanzar la cristianización de la sociedad”.¹⁴ Durante el acto de cierre, el obispo Barrere expresó contundentemente -y en presencia de las autoridades de gobierno- la posición de la Iglesia en torno a temas relacionados con el capital y el trabajo y las cuestiones sociales obreras en la provincia. Reivindicó que la justicia social sea el supremo ideal del gobierno pero reconociéndola “como un medio para obtener la paz social” y afirmó que la justicia social no debía perturbarla porque en tal caso se convertiría en un mal. El objetivo de sus palabras era dignificar el trabajo pero conciliándolo con el capital, ambos “fundados por Dios”. Afirmó que el trabajo debía ser respetado ya “que en nuestro país las principales familias obtuvieron capital con el trabajo humilde”. Respecto al capital “debe ser mantenido en cierto límite porque la riqueza opulenta es un escarnio para la pobreza honrada”.

¿Qué revelaban estas palabras caracterizadas como polémicas, pero muy aplaudidas, según el diario local? En primer lugar un claro apoyo a los principios declarados por el gobierno instaurado por la revolución de junio. Principios, que según Barrere, la revolución “ha resucitado y no creado, ya que a ellos los fundamentaron los hombres de nuestra independencia, invocando la

¹⁴ AHT, “Primera Semana Social de la mujer trabajadora en Tucumán”, *Revista Norte Argentino*, 15 diciembre de 1944.

protección de Dios, fuente de toda razón y justicia”. Pero también, en el marco de este apoyo, encontramos una Iglesia que hablaba por sí misma y, al igual que frente a otros temas, sentaba un discurso propio. En lo que parecía ser un distanciamiento de las acciones de gobierno y su forma de llevar a la práctica la justicia social, Barrere recalca “que no es aumentando los salarios como se logrará la paz social, sino buscando la formación moral del obrero”. En palabras del Obispo “el aumento no saca al obrero del boliche, lacra social que hay que extirpar, porque viven dominados por el vicio del alcohol”. En este sentido, sostenía que las “condiciones de riqueza” variaban según las zonas y en consecuencia los salarios equivalentes venían a significar una injusticia y un peligro, porque daban origen a disturbios y protestas. Finalmente, cerraba sus reflexiones formulando votos “porque la obra, el bien que la revolución pretende, se cumpla para bien de todos”.

Teniendo en cuenta el bagaje de ideas que venía desarrollando la Iglesia católica, no sorprenden estas incipientes declaraciones. En efecto, frente a los ojos del Obispo tucumano, este movimiento que se estaba conformando venía a representar, de alguna forma, el universo de ideas católicas, sobre todo respecto a la cuestión social y a la enseñanza religiosa (Santos Lepera, 2008). Sin embargo, ya comenzaban a manifestarse algunas reticencias por parte del Obispo frente a la aplicación de la nueva política social y a la conflictividad laboral que se había suscitado en la práctica.

Durante el año 1945, haciendo un balance de las pastorales y comunicados de la Iglesia tucumana, se podría afirmar que la institución guardó silencio respecto a los temas vinculados con la cuestión social. En este sentido, el silencio de Barrere en torno a una cuestión que generaba polémicas en la sociedad fue la estrategia que encontró la jerarquía católica frente a la perplejidad por el curso que tomaban los acontecimientos. Por otro lado, esta actitud de *prudente distanciamiento* reflejaba las aristas de una institución que se consideraba compacta y que intentaba serlo en una Argentina cada vez más politizada y dividida, donde los conflictos que atravesaban al gobierno militar desgarraban al mundo católico.

De esta forma, la manifestación de sus preocupaciones no trascendieron, por lo general, del ámbito privado. Las inquietudes de Barrere no eran muy distintas de las que manifestaba el Episcopado a nivel nacional. Cabe

mencionar, entre ellas, los temores sobre el camino emprendido por el conflicto social, la radicalización del discurso de Perón o su llamado a la movilización de las masas. Frente a ello, el Obispo tucumano se mostró preocupado por el sentido obrerista que tomaba la política social. En una carta privada a Monseñor Fassolino, Barrere afirmaba que el país estaba infestado de huelgas porque el gobierno “pongamos que de buena fe”, había “defendido e impuesto los derechos del obrero sin el debido correctivo” (Zanatta, 1999:348-349). Sin embargo se puede observar que el Obispo sí se manifestó abiertamente sobre otros temas que también eran prioritarios como la educación, la amenaza comunista o la protestante. Las Pastorales de 1945 se dedicaron mayormente a temas de doctrina pero ninguna a la cuestión social¹⁵. Asimismo, después de los acontecimientos del 17 de octubre, tampoco hubo manifestación alguna en el Boletín Oficial.

El 17 de octubre vino a cambiar la suerte del gobierno revolucionario. Ese día, Perón ganaba la pulseada dentro de la cúpula militar y con su aparición en los balcones de la Casa de Gobierno, aclamado por la muchedumbre, “nacía el movimiento peronista a la vida política nacional” (Torre, 2002:31). En Tucumán, los obreros también se concentraron masivamente en la Plaza Independencia volviendo “explícita su manifestación de apoyo a la persona que los obreros azucareros reconocían como impulsor de un proceso inédito de cambios” (Rubinstein, 2005:56). La contundencia de estas manifestaciones de apoyo fueron determinantes en la actitud que asumió la jerarquía católica en adelante. En el plano nacional, el Episcopado Argentino emitió la Pastoral Colectiva del 15 de noviembre sobre “Los deberes de los cristianos en el mundo actual”¹⁶.

En este contexto, un mes antes de las elecciones a gobernador, el obispo tucumano, Agustín Barrere, emitió una Carta Pastoral donde recordaba a los fieles que “no deben dar su voto sino a candidatos que por los programas que sustentan y sus antecedentes personales, son una garantía de que han de

¹⁵ Ver AAT, “Exhortación pastoral encareciendo la práctica de tres devociones marianas”, en *BODT*, 17 de junio de 1945, “Carta pastoral y Edicto con motivo del cincuentenario de la coronación de nuestra señora de Guadalupe”, en *BODT*, 30 de septiembre de 1945 y “Carta Pastoral y edicto sobre la excelencia del Santísimo Rosario y la forma práctica de rezarlo”, en *BODT*, 5 de agosto de 1945.

¹⁶ Pastoral Colectiva que recordaba a los feligreses la obligación de no votar por partidos que auspicien la ley de divorcio y la separación de la Iglesia y el Estado. Fue interpretada, en general, como el explícito apoyo a la candidatura de Perón.

bregar por la prosperidad de la patria y el respeto de los derechos de la Iglesia. Nos referimos en forma especial a la enseñanza religiosa en las escuelas”¹⁷. En consonancia con las directivas del Episcopado Nacional, la Pastoral de Barrere, dirigida a los fieles de la provincia, supuso el apoyo manifiesto al candidato local designado por Perón: el mayor Carlos Dominguez.

2.- *POR LA PAZ SOCIAL: LA JERARQUIA CATOLICA Y EL PRIMER GOBIERNO PERONISTA*

Durante la gestación del peronismo, las huelgas se habían convertido en una clara estrategia de lucha y de expresión de los sectores obreros (Rubinstein, 2005). Por lo general, frente al clima de conflictividad imperante, los gobiernos de la Intervención provincial respondieron frente a las huelgas algunas veces con la condena, otras con permisividad. Gustavo Rubinstein ha señalado esta situación paradójica: “por un lado las huelgas siguieron siendo condenadas por los funcionarios de gobierno [...] pero por otro se convirtieron en una expresión de apoyo y de solidaridad con un gobierno que mostraba claros síntomas de debilidad” (Rubinstein, 2005:94).

En realidad, el protagonismo que adquirió el sindicalismo en el escenario político se convirtió en un elemento disruptivo, cambiando radicalmente la dinámica política y social de la Argentina de entonces. En efecto, los sindicatos no habían sido considerados hasta 1943 un factor fundamental en la ecuación social y política. A partir de entonces, los obreros nucleados en FOTIA alcanzaron espacios importantes de representación y de poder político en la provincia. No obstante, su poder y sus pretensiones de exclusivismo gremial y político encontrarían pronto sus límites al promediar la década de 1940.

Luego del triunfo electoral de 1946, el gobierno peronista endureció su discurso frente a las huelgas tendiendo a emparentarlas directamente con los movimientos opositores conducidos por agentes extraños al verdadero sentir obrero. En general, fueron identificadas como parte de un complot comunista para sabotear la política económica del gobierno.

Este nuevo discurso oficial, que sirvió de fundamento a los reiterados intentos de concretar el disciplinamiento del movimiento sindical, vino a

¹⁷ AAT, “Auto de despedida y exhortación pastoral”, en *BODT*, 20 de enero de 1946.

conciliar, hacia 1947, con la palabra difundida por el Obispo tucumano en torno a la conflictividad laboral. Ese mismo año, la Iglesia local otorgó al problema de las huelgas obreras una importancia comparable al de la enseñanza religiosa¹⁸. La cuestión de las huelgas azucareras no era nueva en la provincia, sin embargo hasta 1949, ocupó un lugar protagónico en la agenda política y especialmente, entre las preocupaciones del obispo Barrere.

Como ha sido señalado, Agustín Barrere se venía manifestando respecto a la conflictividad laboral en la provincia desde su asunción como obispo. Sin embargo, fue a principios de 1947 cuando a través de una Carta Pastoral resolvió “encarar de frente un asunto de tanta trascendencia en el orden social y en el terreno de la moral, y hacer de él el tema de nuestra Pastoral de Cuaresma”.¹⁹ Como ya lo había afirmado a principios de 1930: “antes de acudir a la huelga es necesario agotar todos los medios de conciliación [...] La huelga aún legítima es una verdadera desgracia social, y la huelga revolucionaria, a la que comúnmente recurren los obreros es aún peor, es un crimen”. Pero en esta oportunidad, ponía mayor énfasis en el rol que debía cumplir el Estado, quien tenía

la gravísima obligación de intervenir en aras de la justicia distributiva y de la paz social. Debe, al efecto, mediante los órganos pertinentes, promover el voto de leyes sociales que contemplen los derechos y deberes recíprocos del capital y del trabajo [...] El actual Gobierno de la Revolución ha provisto a esta primordial necesidad con la Secretaría de Trabajo y Previsión y sus Delegaciones Provinciales [...] lo más esencial de ella es promover y defender la paz social.

En este sentido, la Iglesia respaldaba a un gobierno que se erigía en árbitro de los conflictos sociales a fin de alcanzar el equilibrio entre los intereses de los distintos sectores en pugna. Barrere, desde que asumió el obispado, mantuvo su discurso frente a los conflictos sociales, pero fue en este momento cuando

¹⁸ Cabe resaltar que fue en 1947 cuando se sancionó la ley nacional de enseñanza religiosa. Asimismo, a lo largo del año se sucedieron una serie de huelgas en la provincia que implicaron no sólo al sector azucarero, (Rubinstein, 2005).

¹⁹ AAT, “Carta Pastoral sobre las huelgas” en *BODT*, 19 de enero de 1947. El obispo recibió una carta de felicitación desde la Secretaría de Trabajo y Previsión por sus expresiones al respecto ya que “demuestra amplia erudición y alto criterio con esa Carta Pastoral que lo consagra como eminente tratadista del derecho obrero social cristiano” (el subrayado es original). Archivo del Arzobispado de Tucumán, Carpeta: Correspondencia Oficial, carta de Carlos Romero Sosa, Jefe de Biblioteca de la Secretaría de Trabajo y Previsión, Buenos Aires, 29 de mayo de 1947.

se hizo manifiesta la coincidencia con la política adoptada desde el gobierno. Finalmente, Barrere podía afirmar: “Complácenos dejar constancia aquí de nuestra gratitud hacia la Delegación regional de la Secretaría de Trabajo y Previsión que, en el año pasado, si no siempre por lo menos en los últimos meses de la zafra, ha mantenido firmemente estos principios, a pesar de no pocas presiones para no incurrir en la grave injusticia y su consiguiente irresponsabilidad de declarar lícitas huelgas que a todas luces no lo eran”.

Ese mismo año, el Obispo tucumano tuvo la oportunidad de expresar, en público y frente al Presidente de la nación, su reconocimiento al gobierno en el intento de restringir las libertades sindicales. Perón visitó Tucumán en julio para proclamar, junto con el presidente de Chile, Gabriel González Videla, la independencia económica. En dicha ocasión, se celebró la Fiesta de la Zafra en el Parque 9 de Julio, por primera vez con una multitudinaria concurrencia. Monseñor Barrere fue el encargado del discurso principal, y en representación de la Iglesia tucumana, ofició la bendición “de los frutos de la tierra y de las manos que los hacen brotar”²⁰. Sus palabras consistieron, básicamente, en reconocer la contribución del trabajo en la zafra (“del rudo trabajo manual de nuestros hermanos mas humildes”), pero también sin desconocer la contribución del ingenio y del capital “elementos indispensables de la zafra, que deben convivir pacíficamente con el trabajo [...] De no ser así no hay justicia social, ni paz social”²¹. Finalizó las mismas con una apelación directa al Presidente de la nación:

El gobierno presidido por VE orientado por las enseñanzas de los romanos pontífices, en especial por las encíclicas que se complementan: RERUM NOVARUM de León XIII y CUADRAGÉSIMO ANNO de Pío XI, ha contribuido poderosamente al reconocimiento de los derechos del trabajo, promulgando solemnemente su código [...] Excmo. Sr. Presidente de la nación: defendidos están a estas horas los derechos del trabajo en la República Argentina, pues tienen la garantía suprema de VE y de su Gobierno, tanto mas cuanto que los industriales colaboran con lealtad a los fines de la justicia social. No hay pues, ya lugar a huelgas sin atentar contra el bien de la patria. Esta, como habéis proclamado en vuestro mensaje del domingo pasado, tan

²⁰ La bendición es el acto principal de la Fiesta de la Zafra. ALG, “Fiesta de la Zafra: Con un fervorosa adhesión popular se realizaron los actos del 9 de julio”, *La Gaceta*, miércoles 9 de Julio de 1947.

²¹ AAT, “Discurso del Excmo. Señor Obispo Diocesano en la fiesta de la zafra”, *BODT*, 15 de julio de 1947.

oportunamente como valiente, necesita la paz interna y un trabajo intensivo para acrecentar su prosperidad y también para poder brindar a sus hermanas del viejo mundo [...] una ayuda cada vez más copiosa.

Por si quedaba alguna duda, el Obispo tucumano proporcionaba fundamentos cristianos a la política social del gobierno. A su modo de ver, el peronismo había cumplido en la defensa de los derechos del trabajador, por lo tanto, las huelgas y movilizaciones ya no tenían razón de ser y el Estado debía intervenir a favor de la paz social. La consecución de este ideal implicaba desconocer la legitimidad de la huelga planteada por los obreros del azúcar y la “eliminación total de los promotores de huelgas”.

Hasta 1949, la Federación de obreros azucareros pudo mantener un importante margen de autonomía asentada en su organización y en su capacidad de movilización que la convirtió en una de las fuerzas gremiales más sólidas del interior del país (Rubinstein, 2005:97). La mayor parte de los planteos en las declaraciones de huelgas contemplaban la satisfacción de las demandas laborales o el cumplimiento de los convenios firmados. En este punto, las acciones de FOTIA desconocieron los llamados desde el gobierno a descartar la huelga como instrumento de lucha. Fue así que, en consonancia con la voz del Gobierno, el Obispo tucumano se siguió manifestando, no sólo a través de Pastorales, sino también de comunicados de prensa:

Convencidos estamos que la exposición doctrinal que hacemos de las huelgas a la luz del evangelio, y de las encíclicas papales y de las responsabilidades que traen anexas, contribuirá a serenar los espíritus y a afianzar la paz social entre nuestros diocesanos, paz que debe reinar, aún a costa de muchos sacrificios, por ser la condición indispensable de la prosperidad de pueblos grandes y pequeños. Por muchos y grandes males que trae consigo la huelga, es obligación grave para patronos y obreros descartarla a toda costa, unos y otros deben llegar al límite extremo de las conversaciones con el fin de evitarla y no declararla, sino cuando todos los medios de conciliación han sido agotados.

Pero en llegar unos y otros a esta resolución extrema, es obligación del Estado entrar a actuar como árbitro superior, y arbitrando equitativamente el conflicto, velar para que sus fallos sean acatados, la paz social de la que es guardián obligado, lo exige²².

²² ALG, *La Gaceta*, 26 febrero de 1947.

Hacia fines de 1949, el gobierno debió enfrentar el conflicto sindical más importante desde que el peronismo asumió el poder. La huelga declarada por FOTIA y FEIA (Federación de Empleados de la Industria Azucarera) se prolongó por 50 días y respondía estrictamente –según sus comunicados- a una reivindicación salarial evitando aludir a un objetivo político o un ánimo opositor al gobierno peronista. Sin embargo, a partir de la “Gran Huelga” se cristalizó el divorcio entre FOTIA y las restantes fuerzas peronistas provinciales y nacionales. Finalmente, si bien Perón decidió aumentar los salarios en un 60%, dispuso, al mismo tiempo, la intervención del sindicato de los trabajadores azucareros, condenando públicamente a sus dirigentes. Con la solución vino el castigo. Como contrapartida del aumento salarial, los obreros tucumanos sufrieron las medidas ejemplificadoras de disciplinamiento dictadas desde el Ejecutivo Nacional, las cuales cortaban de raíz la tradición de lucha y reivindicación laboral que FOTIA expresaba desde sus orígenes²³.

De esta forma, la problemática específica provincial llevó al primer gobierno peronista y a la Iglesia católica local, representada por su Obispo, a transitar un mismo camino discursivo. En efecto, frente a los conflictos sociales suscitados entre 1946 y 1949, gobierno e Iglesia coincidieron en que una vez asegurados los derechos de los trabajadores las movilizaciones y huelgas ya no eran legítimas. En este sentido, los temores de la Iglesia frente a una posible “política obrerista” del gobierno se diluían al confirmar que la nueva legislación servía de garantía para el orden social conteniendo cualquier malestar que proyectara la posibilidad de una subversión de las estructuras sociales.

CONSIDERACIONES FINALES

La relación entre la Iglesia católica y el gobierno peronista estuvo atravesada por tensiones, así como por diversos puntos de encuentro. La política educativa y la política internacional reflejaban la confluencia de intereses que llevaron a una identificación inicial entre ambos actores. En el contexto del final de la Segunda Guerra mundial, los temores frente al avance del comunismo no parecían infundados en la coyuntura de un país que

²³ La intervención de FOTIA se mantuvo hasta fines de 1954.

manifestaba una conflictividad social creciente. En este sentido, la novedad de las políticas sociales implementadas por Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión residió en desactivar la amenaza comunista en el mundo del trabajo mediante una serie de concesiones a los trabajadores. Concomitantemente, estas políticas generaron un escenario disruptivo debido a la presencia del sindicalismo que se erigió en un nuevo factor de poder.

La Doctrina Social de la Iglesia se convirtió en el fundamento de la política social, particularmente en la defensa pública de las iniciativas del gobierno frente a sectores empresarios y eclesiásticos. Sin embargo, el nuevo poder sindical modificaba las coordenadas y la dinámica de la política y la sociedad argentina. En el escenario tucumano, el itinerario de FOTIA es un claro ejemplo de la forma en que la experiencia peronista promovió la organización de los sectores obreros azucareros, al tiempo que dicha irrupción se manifestó en la explosión de demandas y en un cuadro de agitación social. La realidad contrastaba con la búsqueda de la “armonía” entre capital y trabajo preconizado por el gobierno y con el cual gran parte del mundo de la Iglesia comulgaba. Por el contrario, las acciones desarrolladas por la FOTIA hasta 1949 se combinaban con un discurso confrontador para hacer efectivas las reivindicaciones laborales postergadas. En ese contexto de movilización obrera comenzó a cimentarse el acercamiento del gobierno y de la jerarquía católica, ambos poderes consideraban que las huelgas no tenían lugar en la “nueva Argentina de Perón”. Así, Iglesia y gobierno se unieron para suprimir la impronta herética ligada a los orígenes del peronismo que apelaba a la movilización y proponía la preeminencia del sindicalismo en la dinámica política de la Argentina.

No obstante esta coincidencia, el apoyo de la Iglesia tucumana a las gestiones peronistas nunca se mostró incondicional. La Iglesia católica adaptó sus estrategias al curso que iban tomando los acontecimientos, privilegiando el vigor, la unidad y centralidad de la institución.

BIBLIOGRAFIA

Bianchi Susana (1990), “La Iglesia católica en los orígenes del peronismo”, *Anuario del IEHS*, Tandil.

(2001) *Catolicismo y peronismo: religión y política en la Argentina 1943-1955*, Tandil, IEHS.

Buchrucker Cristián (1987), *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, Primera Edición

Caimari Lila (1995), *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina 1943-1955*, Buenos Aires, Ariel.

Di Stefano, Roberto y Zanatta, Loris (2000). *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires. Mondadori.

Landaburu Alejandra (2004), *Los salesianos y los sectores populares. Tucumán 1916-1930*. Tesis de Maestría, UNT, Inédita.

Macor Darío y Tcach César (comp. 2003), *La invención del peronismo en el interior del país*, Universidad Nacional del Litoral.

Mallimacci Fortunato y Di Stefano Roberto (comp. 2001), *Religión e imaginario social*, Buenos Aires, Manantial.

Páez de la Torre Carlos (2001), *Tucumán 1943-1944: la intervención Baldrich*, Academia Nacional de la Historia, Undécimo congreso nacional y regional de historia argentina.

Pavetti Oscar (2006), "La impronta nacionalista católica en el gobierno surgido del golpe militar de 1943 en Tucumán" en *Actas de las IV Jornadas Nacionales Espacio, Memoria e Identidad*, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

Romero Luis Alberto (1999), "Una nación católica 1880-1946" en Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, pp. 308-313.

Rubinstein Gustavo (2005), *Los sindicatos azucareros en los orígenes del peronismo tucumano*, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Tucumán.

Rubinstein Gustavo y Gutiérrez Florencia, "De la hegemonía sindical al peronismo "político". La reestructuración del partido peronista tucumano 1949-1952", Primer congreso de estudios sobre el peronismo: la primera década, Mar del Plata, 2008.

Santos Lepera, Lucía (2008), "La Iglesia católica y su relación con el Estado. Tucumán 1943-1955", Tesis de Licenciatura, UNT, Inédita.

Torre Juan Carlos (2002), "Introducción a los años peronistas" en *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana.

Zanatta Loris (1996), *Del Estado liberal a la Nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

(1999) *Perón y el mito de la Nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1943-1946*, Buenos Aires, Sudamericana.

FUENTES EDITAS

Archivo del Arzobispado de Tucumán:

- . Boletín Oficial de la Diócesis de Tucumán (1930-1955)
- . Segundo Sínodo Diocesano 1931

Archivo Diario La Gaceta:

- . Diario *La Gaceta* (microfilmado)

Archivo Histórico de la Provincia

- . Diario *El Orden*
- . Revista *Norte Argentino*

FUENTES INEDITAS

Archivo del Arzobispado de Tucumán:

- . Correspondencia Oficial